

con tal energía y valor, que el tirano enmudece. Pero para que el Santo no perdiese tan bella ocasion de verter su sangre por su amado Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el tirano lo manda decapitar fuera de Paris; y es tradicion, que el santo mártir llevó su cabeza cortada entre sus manos casi por espacio de dos mil pasos; milagro, que segun la misma tradicion, contribuyó á la conversion de muchos idólatras, y á la conservacion de las preciosas semillas que el santo apóstol de Paris habia echado en este campo, que tantos y tan copiosos frutos habia de dar á la divina religion: que jamás ha cesado de ser venerada en aquella célebre capital, aún en los tiempos de la mayor impiedad; favor que se atribuye á la proteccion del glorioso S. Dionisio, su apóstol. Dionisio, pues, nos enseñó con su ejemplo, á dar generosos nuestra vida en defensa de nuestra santa fé, cuando asi lo exige la honra de Dios y nuestro deber.

Amados mios en el Señor; no puedo terminar este discurso de un modo más análogo á la solemnidad que aqui nos tiene reunidos, que exhortándoos con todas mis fuerzas y de todo mi corazon, á que considereis nuestra vida como una vida de holocausto, como un sacrificio continuo, perenne, que sin cesar debemos ofrecer al Señor ante las aras de su sacratísima y benditísima voluntad. En presencia de una vida tan heroica como la del insigne Dionisio Areopagita, no nos queda ningun pretexto que alegar. Linaje, dignidades, riquezas, una alta consideracion social, nada de eso fué capaz de detener á su grande alma á correr presuroso y siempre impávido y siempre constante por la senda del sacrificio. Así alcanzó esos inmortales laureles con que le coronó el Señor en el día de su triunfo. Así nos enseñó con su ejemplo, no solo á menospreciar los honores, dignidades y bienes temporales; no solo á marchar impávidos por la senda de nuestros sagrados deberes sin jamás temer á los enemigos de Dios; sino á dar generosos nuestras vidas en defensa de la fé, cuando así lo exige la honra de Dios; y á mirar nuestra vida como un perenne sacrificio de nosotros mismos en las aras santas de la divina religion. Si tales son nuestros deseos, si tal es nuestra conducta durante nuestra peregrinacion en este mundo, confiemos en la infinita bondad del Señor, que nos recompensará como al ilustre Areopagita S. Dionisio con los inmortales laureles de la gloria. *Amén.*

 PANEGÍRICO

 DE SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD Y CONFESOR.

Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercitum...

Me abraso de celo por tí, oh Señor Dios de los ejércitos.

(III REG. XIX, 10.)

Admirables y asombrosos son los efectos del amor divino, cuando llega una vez á apoderarse de un alma grande ó de un corazon generoso. Él es un fuego vivo, que no deja nunca de estar en accion. Enemigo declarado del ocio, idea siempre nuevos planes, forma nuevos proyectos; ¡y con qué intrepidez los acomete! ¡con qué magnanimidad y aliento los prosigue! Lejos de acobardarle las dificultades; en vez de desanimarle los peligros, le añaden nuevos estímulos; y cuando parece cerrado el camino para el logro de sus fines, entónces redobla más que nunca su vigor. Con razon el Espíritu Santo le compara en su fortaleza á la muerte, á la cual nada resiste, y en su tenacidad al Infierno, que nunca cede. El hombre, que ama de veras, no tiene ni respetos que le impidan, ni obstáculos que le detengan. No sabe qué es trabajo, no conoce qué es fatiga, no entiende lo que quiere decir repugnancia para amar; y si alguna vez siente pena, es porque no ama mucho más. Donde principalmente se descubre su ardor, su generosidad y su finura, es en el celo con que procura la honra de su amado. El verdadero amante siente con mayor viveza las ofensas que se hacen al objeto de sus amores que las suyas propias; y á trueque de repararlas é impedir las, sacrificará gustoso cuanto tenga, se sujetará á toda suerte de humillaciones y tormentos; y aún derramará, si es preciso, toda la sangre de sus venas. Desea que todos vivan tan enamorados como él, lo solicita, lo ansia; y al ver que con meros deseos no lo alcanza, piensa en los medios más activos para con-

seguirlo, y no vive tranquilo hasta haberlos aplicado. Tal es la naturaleza del celo, y tales los caracteres con que se ha dado á conocer en cuantas almas llegó á echar raíces. Pudiera, hermanos míos, ofrecer á vuestra atención innumerables testimonios que comprueban esta verdad; pudiera presentaros mil victimas ilustres del celo que saldrían fiadores y garantes de lo que acabo de decir; pero ni vosotros tenéis necesidad de esta prueba, ni debo yo tomar tampoco sobre mí tan árduo empeño, teniendo á mi vista un héroe insignie, que nos muestra las prodigiosas cualidades del celo, cuando éste se halla fundado en la base de un amor ardiente. Domingo de Silos, gloria de nuestra nacion española, es el héroe de quien hablo. Él pudo decir como Elias: Yo me abraso de celo por tí, Señor Dios de los ejércitos: pues consagró su vida de pensamiento y de accion á hacer brillar en toda su magnificencia las virtudes evangélicas; á devolver su antiguo esplendor á las instituciones religiosas, tolerando para eso una oposicion la más cruda y terrible. Los principios católicos encontraron en él un apoyo el más firme; las inmundidades eclesiásticas un protector decidido; las santas tradiciones un defensor intrépido.

El celo fué el carácter distintivo de Domingo, y será en este día el objeto de mi discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

Un corazon bueno, un alma sensible y propensa naturalmente á la virtud, es el dón más precioso con que el Señor puede enriquecer á una criatura al salir de su omnipotente diestra. Mas ¡cuán pocos son, no obstante, los que habiendo recibido esta prenda del amor divino, saben aprovecharse de ella para su propia felicidad! Las más bellas disposiciones se ven, por lo comun, malogradas, merced á los malos ejemplos del vicio, que destruye en un momento la obra del Criador; sustituyendo gérmenes de corrupcion é instintos de perversidad á aquellos sentimientos nobles y virtuosos, que, bien cultivados, hubieran producido indudablemente los más sazonados frutos de santificacion. Muy al contrario de esto es lo que admiramos hoy en Domingo. Nacido en una época infausta para la virtud, supo conservar intactas y puras aquellas buenas disposiciones, que la mano creadora imprimió en su alma al salir á la luz de este mundo; y cultivándolas con enuidado, desde muy temprano se dejó ver embellecido de la perfeccion cristiana. Sus cristianos padres, descendientes de los señores de Vizcaya y de los reyes de Navarra, le vieron crecer á su lado y caminar por la senda de la virtud, sin declinar á la diestra ni á la izquierda. En la villa de Cañas, cerca de Santo Domingo de la Calzada, don-

de nació, hizose admirar por sus costumbres, que nada tenían de pueril ni de aquellos juegos que parecen inseparables y tan propios de la edad de los niños. Su única diversion, todo su recreo y sus ansias consistian en ir al templo del Señor con sus padres, y derramar allí su corazon en la presencia de Dios, ofreciéndose todo á su servicio. La santidad de Domingo parece que se anticipa á sus años. Su corazon dócil y tierno se dirige desde la más tierna edad á Dios, que tanto se complace en los inocentes obsequios de su siervo. Sus primeros suspiros le imploran, sus primeras lágrimas corren por Él, y el primer empleo que hace de su corazon es entregárselo enteramente. Apenas conoce la penitencia, y ya es penitente: apenas conoce al mundo, y ya le teme y evita sus peligros.

Elige la ocupacion de guardar el ganado de sus padres, porque le parece el más propio para conservar la inocencia y unirse más estrechamente con Dios. En nuestros dias, esta ocupacion parecerá poco á propósito para formar un héroe; pero no olvidéis, oyentes, que los hombres más célebres de la historia han tenido por lo comun unos principios humildes, lo que, lejos de disminuir en nada su mérito posterior, ha contribuido á darle mayor realce. Un pastor fué quien quebrantó las cadenas de un pueblo grande y numeroso, que aún hoy mismo excita los más bellos recuerdos en los anales de la humanidad; y despues de haberle dado leyes, le condujo á través de los mayores peligros al país de sus padres, y restauró su nacionalidad, dándole con la libertad todos los bienes de que gozó por largos años. Un pastor fué quien humilló para siempre el poder del más temible enemigo del pueblo de Dios, pasando despues á ser el monarca más ilustre de la antigüedad. Pastores fueron Abraham, Isaac y todos esos personajes bíblicos, que figuran en primera linea en los primitivos siglos. Domingo, mientras apacienta las ovejas, eleva su alma al Criador supremo. En el espectáculo que la rústica naturaleza ofrece á sus ojos, halla una vena fecunda de ideas las más sublimes. El manso arroyuelo, que serpentea risueño entre las yerbas, excita en Domingo un ardiente anhelo de correr en pús de su Dios, y de precipitarse en su seno. La flor, que matiza y alfombra los prados, y embalsama el ambiente con sus gratos perfumes, le convida á evaporarse en suave olor de virtud en obsequio de Aquel á quien entrañablemente ama. Al oír el ruidoso fragor de los vientos, que hacen bambolear las copudas cimas de los árboles, engrandece el poder y la fuerza de la divina diestra. Nada hay para él indiferente: el sol, lo mismo que el cinife imperceptible que gira en el espacio, arrancan de su pecho afectos sublimes y patéticos; y fijos sus ojos en Aquel, que es el cen-

tro de la verdadera grandeza, solo encuentra solaz y reposo en la idea consoladora, en la esperanza firme, de disfrutar un día de los resplandores del divino Sol de justicia, que no tiene oriente ni ocaso, y cuya duracion es la eternidad.

Sin embargo, abandona más tarde esta ocupacion para dedicarse al estudio de las letras, en las cuales hizo bien pronto notables progresos. Su aplicacion constante al estudio no le hace olvidar el temor santo de Dios, principio y base de la ciencia; al par que se consagra á cultivar su inteligencia con sólidos conocimientos, se esmera en enriquecer su alma con las más hermosas virtudes. Así establece los cimientos de aquella santidad, que un día debe colocarle en la cumbre del verdadero honor; de esta manera se dispone á ser en breve un monumento admirable de las bellezas evangélicas, cuya accion debe ejercer un poderoso influjo en los destinos de muchos, y proporcionar no escasas ventajas á toda la Iglesia española. Su ciencia y su virtud le hacen digno de la dignidad sacerdotale; pero él la rehusa, y no se somete á ella sinó cuando se ve obligado á hacerlo por la obediencia á sus preladós. Su compostura, su celo, su recogimiento, le señalan por el modelo y ejemplar de su pueblo; él es la admiracion y edificacion de sus vecinos; él los contiene y refrena con su presencia, los enseña con sus palabras y su doctrina, los corrige con sus amonestaciones paternales, los consuela en sus trabajos, los ayuda en sus desgracias; nada parece que le falta de lo que constituye á un ministro celoso de Jesucristo. Pero, cuantas más virtudes adquiere Domingo, ménos le parece que posee; cuanto más se acerca á la perfeccion, suspira tanto más y se lamenta por no haberla aún comenzado; así es, que al año y medio de ser sacerdote, pareciéndole que en la vida solitaria hallaría más pronto la perfeccion á que aspiraba, sin dar noticia á nadie se huyó á un desierto.

Septulato en la oscuridad del desierto, se dispone con la oracion y las vigiliás á desempeñar mejor la mision que le prepara el Cielo. Su vida es áspera y penitente, si miramos á los rigores con que alige á su cuerpo; pero la más dulce y tranquila si atendemos á los favores con que el Cielo le regala. Vive entregado todo á Dios, sin más esperanza, sin más deleites que buscarle con amor y con los ejercicios de su fervorosa piedad. Vive extenuado con los ayunos, inundado en lágrimas, vestido de un tosco saco, más bien para mortificarse que para defenderse de las inclemencias de las estaciones; alimentado con las yerbas que crecen entre las peñas, no para prolongar los días de su vida, sinó para prolongar sus penitencias. Sin embargo, como desconfia siempre de sí mismo, no se cree seguro

con estas austeridades; se persuade de que no pasará de los principios de la perfeccion cristiana, mientras no se ponga bajo la direccion de algun maestro espiritual. ¡Espíritu maligno, que tan sagazmente acometes á los justos y los despojas á veces de su virtud, introduciendo en su corazon un orgullo casi imperceptible, nó, no triunfarás de Domingo! Está profundamente radicado en la humildad, en una humildad constante y activa; cuanto más adelanta en la virtud, tanto más se reputa por la misma fragilidad y miseria, más desconfia de sí mismo; por eso abandona los horrores del desierto y se dirige al monasterio de S. Millán, para aprender con la voz y el ejemplo de los monjes los caminos de Dios.

Bien pronto conocieron éstos que la humildad, la paciencia, la mortificacion, la caridad y todas las virtudes que forman á un religioso perfecto se hallan en Domingo, y le admiten gustosos en el número de sus hermanos. Desde sus primeros pasos se coloca á la altura de los más avanzados en la virtud, y es el asombro de los que han encanecido en las austeridades, un motivo de confusion para los tibios, un objeto de emulacion para los fervorosos; y como un sol que todo lo ilumina, como un fuego misterioso que comunica sus ardores á los pechos de los más indiferentes en el cumplimiento de sus deberes. El abad, para probar su obediencia, le nombra superior del monasterio de Sta. María de Cañas, que se hallaba arruinado, sin hacienda, sin provisiones y sin recurso alguno. La verdadera obediencia no conoce dificultades, ni manifiesta repugnancia; por eso Domingo pasa al instante á su destino. Se ocupa en el trabajo de manos con sus súbditos para ganar la subsistencia precisa, sin allear por eso la observancia religiosa; y al mismo tiempo excita la piedad de los fieles, hace un llamamiento general á sus compatriotas. Muy pronto acuden de todas partes personas virtuosas á visitarle y á ofrecerle limosnas; y no han pasado dos años, cuando tiene el consuelo de ver restaurado el monasterio, concluido el claustro, acabada la fábrica de la iglesia, y provista de todo lo necesario para el servicio del Señor. No se limita su celo á hacer brillar el esplendor material de la casa de Dios; quiere tambien que aquella mística Jerusalén sea llamada casa de santificacion. Sabe que el culto católico influye poderosamente para arraigar las creencias de los pueblos; conoce que la armonia de los cánticos sagrados, la gravedad de las ceremonias, el perfume de los incensos quemados bajo las bóvedas del templo, tienen un prodigioso ascendiente sobre el corazon de los fieles, y producen á veces los más felices resultados en el mejoramiento de las costumbres; empero, persuadido aun más de que las virtudes de

los ministros del Señor son las piedras que más embellecen este místico edificio, y que sin ellas la moral pública jamás podrá sostenerse en toda su pureza. procura por todos los medios que están á su alcance fomentar en aquel nuevo plantel la rigidez de la vida monástica, y á hacer florecer en él las bellezas evangélicas. ¡Y con qué éxito tan feliz! Muy pronto empiezan á acudir á aquel santuario muchas gentes á abrazar la vida monástica; y entre el crecido número de los nuevos monjes cuentanse algunos hermanos de Domingo y su mismo padre, que lleno de religioso fervor, corre tambien á sepultar sus encanecidos cabellos en la oscuridad del claustro bajo la dirección de su hijo.

Mientras Domingo consagra su vida de pensamiento y de acción á hacer brillar en toda su magnificencia las virtudes evangélicas, manifestándolas prácticamente en sí mismo, y fomentando en sus próximos el amor hácia ellas, el Señor le prepara una ocasión en que su celo debe mostrarse en su grandeza, luchando con un poder temible por el sostenimiento de la inmunidad del santuario. La voz de la obediencia le llama de nuevo á su primitivo asilo de S. Millán para ejercer en él el cargo de prior. A él está confiada la dirección inmediata de aquella vasta comunidad; él la conserva en todo su esplendor, y con su ejemplo hace que todos adelanten en la perfección. Pero su misma solicitud en mirar por el bien de su monasterio dá motivo á una persecución que se levanta contra él, y le obligará á abandonar aquella tierra. Un nuevo Antioch intenta renovar las escenas que un día lloró el antiguo templo de Jerusalén. El rey de Navarra y de Rioja, don García de Nogera, se presenta en aquel venerable asilo, y con atrevida mano pretende despojarle de las riquezas con que le habian dotado sus predecesores. Nadie osa oponerse á sus sacrílegas exigencias; todos los circunstantes permanecen mudos en presencia del monarca cuyo enojo temen; ni uno solo hay que desplegue sus labios para hacer frente á tan impío proyecto. Domingo, al ver que el abad, á quien tocaba salir á la defensa de tan sagrada causa, es el primero que comienza á doblegarse á las demasías del mal aconsejado príncipe, rompe el silencio, y con varonil acento le hace ver, que á nadie es lícito usurpar los bienes de la Iglesia; pues aunque los tesoros dimanaban de los reyes pasados, dejaron de ser suyos luego que los dieron á Dios. Enfurecido el monarca con esta y otras respuestas del santo varón, insiste con fiereza; Domingo se niega á acceder á sus intentos; aquél amenaza; éste resiste. «Serás víctima de mi enojo, dice el rey, y pagarás con la vida tu atrevimiento.—En buen hora, contesta el Santo, pero no seré traidor á mi ministerio. Po-

drás hacer perecer mi cuerpo, pero mi alma pura vivirá á despecho de tu venganza, y será digna del Dios cuya causa defiendo.» Estas palabras tomó el monarca por desprecio de su persona, é intimó al abad que privase á Domingo del priorato, y le arrojarase del monasterio. Cede el abad; Domingo vive errante y fugitivo por los desiertos de la Rioja, apurando el cáliz de la amargura y tolerando todo género de privaciones y molestias; pero no por eso se disminuye su fortaleza, ni decrece en lo más mínimo su ardoroso celo. Purificado en el fuego de la tribulación, adquiere un brillo mayor que antes. Si en aquella tierra no puede ya ejercer su ministerio, irá á ejercerlo á otra, en donde pueda consagrarse tranquilamente al servicio de sus hermanos.

Con efecto, Domingo pasa á Castilla, se presenta en Burgos, córte entónces de D. Fernando I. Allí, como en todas partes, su santidad edifica, sus ejemplos ilustran, y su celo derrama luces tan brillantes, que no pueden ocultarse por más que su humildad lo procure. Su celebridad le sigue por dó quiera; y el sábio lo mismo que el ignorante, el rico como el pobre, el jóven y el anciano, ván á pedirle luz en sus dudas, á consultarle en sus negocios, y á someterse á su dirección. El mismo rey de Castilla pone en él los ojos, para llevar á cabo el gran proyecto de restaurar el célebre monasterio de S. Sebastian de Silos; y con acuerdo del obispo de Burgos, le nombra prelado de aquella casa, arruinada ya casi enteramente, así en lo espiritual como en el temporal. Allá marcha Domingo en alas de su celo: al entrar en la iglesia del monasterio, Liciniano, que estaba cantando la misa mayor, en vez de decir; *Dominus vobiscum*, el Señor sea con vosotros, dice: *Ecce reparator venit*, mirad, ya viene el restaurador; y el coro responde: El Señor es quien le ha enviado: *El Dominus misit eum*. Domingo, desde luego, dá principio á su obra bajo los más favorables auspicios. ¡Con qué fervor se ocupa en reparar las quiebras que ha sufrido la disciplina monástica! ¡Con qué interés se dedica á extirpar de raíz los abusos! ¡Cuánta es su solicitud en recobrar las haciendas perdidas y aumentarlas, para que, asistidos con estas rentas, los monjes queden desembarazados del cuidado que trae consigo la carestía de lo temporal, y así no piensen en otra cosa que en hacer cada vez mayores progresos en la perfección! ¡Cuántos sus desvelos por acrecentar el número de monjes, para que Dios sea servido con mayor decoro! Andando un día con esta solicitud y ansia muy encendida, es consolado con una visión maravillosa. Parécele ver un río de donde salen dos arroyos, uno blanco á manera de leche, otro purpúreo como si fuera de sangre. Un puente sumamente

angosto y de una materia como de cristal, atraviesa por medio el río. Al otro lado aparecen dos personajes de sobrehumana belleza, vestidos de cándidos ropajes, ceñidos con cintos de oro muy resplandeciente. Uno de ellos tiene en la mano dos coronas de oro bruñido; el otro una sola, pero mucho más resplandeciente y engastada de piedras preciosas. El de las coronas le llama; el Santo no se atreve por lo angosto y frágil del puente. Instale el ángel; Domingo obedece; y estando ya al otro lado le dice: Estas dos coronas que ves, te las envía Dios en premio de tus merecimientos. ¿Qué mérito hay en mí, replica el Santo, para recibir tal galardón y por tales ministros? La primera, añade el ángel, te la dá Cristo porque le seguiste, despreciando el mundo; y si perseveras hasta el fin, con el mismo propósito, la gozarás eternamente. La segunda corona es por haber restaurado la iglesia de Sta. Maria de Cañas, por el tierno amor que tienes á la Madre de Dios, y por haberle consagrado tu virginidad. Esa otra corona que ves, te se reserva en recompensa del celo con que levantarás desde los cimientos el monasterio de Silos, volviéndole á su primer esplendor, y por las muchas almas que en él ganarás para Dios. Dicho esto, la vision desaparece, y Domingo se dedica con nuevo fervor á restablecer el monasterio con sus ejemplos y exhortaciones. Él muéstrase siempre incansable en el trabajo, es el más constante en las vigiliás, el más puntual en la oracion, el más austero en la penitencia; en la caridad inimitable, en la mansedumbre sin segundo, en el amor paternal cual ninguno, y en todas las virtudes un modelo perfectísimo.

El Señor le concede el dón de hacer milagros, y los obra en abundancia. ¡Qué espectáculo tan consolador y edificante! Una multitud de enfermos espera á las puertas del monasterio todos los dias, para ver á Domingo y pedirle el socorro de sus males, y todos salen consolados y socorridos. Infinitos cautivos cristianos se encomiendan á él desde sus mazmorras, y se hallan libres á las mismas puertas del monasterio, donde dejan en testimonio las cadenas y demás instrumentos de su cautiverio. De estos milagros toma ocasion Domingo para inclinar las voluntades de todos á que sigan la ley del Señor. Pondera lo caduco y perecedero de esta vida, las excelencias de la virtud, la gloria destinada para todos los que amen de veras á Dios. Es un Moisés explicando la ley. A su alrededor se hallan hombres á quienes acaba de restituir la vista, los miembros perdidos, la paz interior: hombres penetrados de gozo y de gratitud ¿qué queréis que nieguen á quien acaba de hacerles tan señalados beneficios y que no les pide otra retribucion sino el que amen y sirvan á Dios,

que le concedió á él cuanto les dispensa? Por todas partes se ve la mudanza de costumbres, se oyen las conversaciones religiosas, y se renueva la fé y la piedad. Los reyes, los grandes y los pueblos, todos quieren manifestar su gratitud, ofrecer sus dones al Santo, y enriquecer al monasterio con privilegios y limosnas.

Asi logra Domingo ver levantada de nuevo aquella mística Sion, donde una multitud de corazones, nacidos para lo invisible y eterno, suspiran por la inmortalidad. Por él recobra el monasterio de Silos sus antiguos derechos, se ven restaurados sus muros casi derruidos; y el interior del edificio reformado en su totalidad. Por él adquiere un prodigioso incremento el número de sus moradores, y el culto divino se sostiene en toda su magnificencia. Por él reina allí la concordia y la paz del espíritu, que forman las delicias de una multitud de hombres, que, olvidados enteramente del mundo, solo apetecen los goces celestiales. Tiempo es ya de que Domingo reciba el premio por haber fomentado la perfeccion monástica, promovido á costa de desvelos y de heroica abnegacion la reforma de las costumbres, creado nuevos gérmenes de moralidad en todas las clases y estados, generalizado los buenos ejemplos y las puras doctrinas del catolicismo, y resucitado el esplendor del santuario. Su celo extraordinario le hace acreedor á ceñir la corona que un dia le prometiera el ángel del Señor. Vedle postrado en el lecho de muerte, y rodeado de un coro de hermanos, que derraman amargo llanto por su ausencia. Domingo les exhorta á llevar á cabo la obra comenzada, y á perseverar fieles en su santa vocacion; en seguida dá el ósculo de paz á los que deja en este mundo, levanta los ojos al Cielo en ademán de hacer oracion; y al dejar caer los brazos sobre el pecho, exhala el último suspiro, y vuela á unirse con sus Dios en la region de la eterna dicha.

Gozad ya, esclarecido Santo, las dulzuras y placeres de la bienaventuranza eterna, á que entrasteis despues de una muerte preciosa; pero no os olvidéis de los que hoy os tributamos un homenaje de admiracion y de amor. Alcanzadnos á todos las gracias que necesitamos para imitar vuestros ejemplos; haced que, llenos de celo por la gloria del Señor, procuremos que todos le alaben y bendigan, para que todos lleguemos despues á gozarle en el Cielo.

PANEGÍRICO

DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR.

Erit illi gloria eterna.
Será eterna su gloria.
(EccL. XXXI, 10).

La gloria que viene de la virtud no acaba con la muerte. Este término fatal de todas las grandezas humanas asegura para siempre la celebridad de los justos. Nada más ridículo que los monumentos, con que los hombres procuran pasar á la posteridad la memoria de su soberbia. Las colosales pirámides, los magníficos mausóleos, las hinchadas inscripciones, son una prueba pública de la pequeñez de aquellos cuyas cenizas conservan. Suelen los grandes vicios dar un nombre grande; pero un nombre de horror, que asusta á la humanidad, y al cual ni las piedras, ni las estatuas hacen immortal. ¿Qué aprovechan éstas, y qué pueden enseñar las piedras? Las inscripciones dán una vida gramatical, que se acaba gastándose una letra; ambición pueril, que ofrece á la posteridad el testimonio de una vanidad temerosa de la severidad de los que vendrán despues; quienes, ni obligados por el temor, ni movidos del interés para adular los muertos, suelen condenar al héroe, mientras alaban la mano del artífice que labró su sepulcro.

Pero la virtud, despreciando esa gloria vana, arbitraria y contingente, hace immortal el nombre de los justos. Ni las vicisitudes de los tiempos, ni la preocupacion de las naciones, ni el trastorno de los imperios, pueden desvanecer la gloria de un hombre virtuoso y benéfico, cuya memoria se perpetúa entre las bendiciones de los pueblos. Perecerán los monumentos de aquellos que hicieron callar la tierra con el estruendo de sus armas: los bronceos y los mármoles no son eternos; mueren, en cierto modo, ó por olvido, ó por su

ruina; pero la virtud graba su imágen en las almas, y estos séres inmortales llevan consigo el testimonio eterno de la gloria de un justo, con la idea de la virtud de la cual fué modelo.

Esta es, hermanos míos, la reflexión que promueve en nosotros el objeto de estos cultos. Hoy celebramos la festividad de Sto. Domingo de la Calzada, que no fué ni un doctor de la Iglesia, ni un predicador elocente del Evangelio, sino un hombre oscuro, pero que practicó las más sublimes virtudes; por eso el Señor ha hecho immortal su nombre. Cubierto con el modesto velo de la humildad, pasó su vida en obras de heróica beneficencia; trabajó por su religión sin olvidarse de su pátria; honró á Dios con sus virtudes é ilustró á los hombres con sus ejemplos; promovió la piedad con su constante adhesión á las máximas del Evangelio; y fomentó el bienestar de la humanidad con sus incansables servicios; por eso la España se gloria de ser su madre; gloria sin comparacion las demás honras que la enaltecen, y los fieles publican sus lauros y sus triunfos. Si el deseo de una gloria vana y de un nombre immortal agita y trastorna á los hombres, hasta hacerlos olvidarse de si mismos, y emprender aquellas acciones temerarias que admiran aturridos los mortales; ¡amable virtud! tú sola puedes llenar la santa emulacion de los justos; tú sola debes ser el objeto de nuestra ambicion, porque tú sola tienes el privilegio de hacer eterna é immortal la gloria de tus héroes. La que dán las conquistas y las acciones que el mundo llama grandes, se eclipsa con la muerte y se desvanece con el tiempo, quedando apenas un rastro de luz semejante á la débil que deja un astro cuando se sepulta bajo del horizonte; la de los justos vive siempre, y su nombre será eterno. Demostremoslo con el ejemplo de Domingo; pero ántes imploremos los auxilios de la gracia: *A. M.*

El cristianismo necesitaba en el siglo undécimo desarrollar su esencial santidad, ofreciendo ejemplos capaces de hacerlo respetable á unos, y de despertar en otros el amor hácia sus divinas máximas. Ambas cosas llenó cumplidamente, produciendo el varon justo, cuya festividad hoy celebramos, destinado á ser un modelo de la perfeccion cristiana, en quien se verian retratadas todas las cualidades que constituyen la bondad característica de la Religion santa, que nos trajo del Cielo el Salvador del género humano. Por uno de aquellos favores con que suele Dios allanar el camino de sus escogidos, recibió con su nacimiento unos padres justos, que caminaban por las leyes y preceptos del Señor sin impaciencia ni queja. Cuidados infatigables para darle

una educacion religiosa, ejemplos domésticos, consejos saludables, lecciones vivas y prácticas de la virtud, todo estuvo pronto en la casa de los padres de Domingo; que, aunque pobres en bienes de la tierra, vivian en la virtud, que es la riqueza más estimable. Tan luego como pudo adquirir algun conocimiento de los lazos en que el mundo suele aprisionar á la juventud inexperta, se decide á huir de él, deseoso de consagrarse al servicio de Dios en el retiro de la soledad. Abandona la casa de sus padres, sale de Villoria, su pueblo, y encaminase al monasterio de Valvanera, de la Orden de S. Benito. El abad oye las humildes súplicas de Domingo, mas no las admite; y Domingo queda privado de este recurso. Con el mismo propósito se dirige al monasterio de S. Millán de la Cogulla, y es igualmente desatendido. ¿Desconfiará del Señor ó abandonará su resolucio[n] de vivir muerto y separado del mundo? Viendo que todas las puertas se hallan para él cerradas, todos los oídos sordos á sus plegarias, se persuade de que la voluntad divina, no accede á servirse de él en aquel estado de vida; y constante en su propósito de dedicarse al servicio de Dios separado del mundo, vá en busca de un santo ermitaño, que hacía vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al monasterio de S. Millán. Sal, dichoso solitario, sal á recibir á este jóven fervoroso que el Cielo te envía, para que le consueles, le animes y fortifiques en sus santas resoluciones. Sal á recibir á este nuevo solitario, que arde en deseos de despojarse del hombre viejo y vestirse del hombre nuevo.

El ermitaño recibe con agrado á su huésped, le oye con paciencia y con gusto, le habla del desprecio del mundo y del desapego que debe tener de él, le dá sublimes instrucciones para arreglar su vida, y le ofrece su pobre celdilla para que se quede en ella, diciéndole, que él buscará otro sitio en donde continuará su vida solitaria. Rehusa Domingo tan generosa oferta; y edificado con aquel ejemplo, é instruido con los consejos del virtuoso anciano, se despide de él, y se encamina á un sitio fragoso de la Burela, junto al camino de Santiago. ¡Almas contemplativas! Vosotras, que conceis la perfeccion y el valor de la contemplacion, de la oracion y el recogimiento, lo heroico de la humildad, los rigores de las penitencias y de las vigili[as]; vosotras podriais darnos alguna idea de la vida de Domingo en el retiro, de aquella alta contemplacion, de aquel espíritu enajenado en las cosas del Cielo, que parec[er] haber transformado su cuerpo en una estátua; de aquel silencio, de aquellos suspiros, de aquellas lágrimas, de aquel sustento insipido, que más bien parece lo tomaba para mortificarse que para sustentar su cuerpo

extenuado con las vigili[as] y el trabajo manual nunca interrumpido; de aquella humildad, de aquellas mortificaciones, que pasman á cuantos leen la historia de su vida. En los momentos de santo ócio que le proporcionan los ejercicios de la piedad, levanta un humilde oratorio á la Madre del bello Amor, y una pequeña estancia para su habitacion, y planta á su rededor una huerta y algunas viñas. Era aquel el paso ordinario de los peregrinos para ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y en el que los malhechores y bandidos se guarecian al abrigo de los bosques para despojar á los pasajeros; y Domingo ha concebido el proyecto de hacer cómodo y seguro el paso, y proporcionar recursos y consuelos á los fatigados peregrinos. No trabaja para sí, trabaja para sus semejantes, para la sociedad, para su pátria; y no solo para lo presente, sino tambien para lo porvenir. Su pobre mansion sirve de albergue al viajero, que, entre los horrores de una noche oscura y espantosa, busca un punto en donde calmar sus zozobras, y recobrase del temor que le infunde la soledad en parajes desconocidos é impracticables. Bajo su humilde techo halla benigna acogida el peregrino desprovisto y menesteroso, y un asilo seguro el infeliz perseguido por los bandidos, que infestan aquellas comarcas. No es extraño, pues, que muchos corriesen á rendir homenaje á la virtud asombrosa de Domingo, y que por dó quiera se celebrase su caridad. En una época casi bárbara, en que la religion apenas comprendida, era, sin embargo, un freno bastante á contener el hierro homicida; en unos tiempos, en que una iglesia ó monasterio eran un asilo, en donde el feroz espadachin no osaba jamás atacar á su victima; ¿qué beneficio no resultaba á la humanidad del establecimiento de un ermitaño en aquellas cercanías, en donde eran más comunes los robos y las sorpresas de gente desalmada? El mundo agradecido busca á Domingo y le reconoce por su mediador.

Cinco años habian trascurrido desde que nuestro virtuoso solitario fijó su morada en aquel sitio, en cuyo tiempo se habia ejercitado en esas obras piadosas, sin desatender el negocio de su propia santificacion, cuando el santo cardenal Gregorio, obispo de Ostia, vino á España á negocios interesantes, enviado por el Sumo Pontífice Benedicto IX. Domingo, impulsado por la celebridad de aquel célebre varon, se propuso buscarle y hacerse su discípulo. Deseoso de gozar de sus ejemplos, le sigue en todas sus expediciones apostólicas sin separarse un punto de su lado. ¡Con qué fervor le ayudó en aquellas rogativas, penitencias y procesiones públicas, que instituyó para que se enmendasen las costumbres, se aplacase el enojo de Dios, y

cesase la plaga de la langosta, que devastaba los campos y tenía en consternación á los pueblos de Navarra! ¡Con qué gozo de su alma le ayudaba en el ministerio de la divina palabra, ya que no era capaz de predicarla! Pero ¿qué era su ejemplo, compostura y modestia, sus palabras y toda su vida, sinó una predicacion eficaz y continua? Sufre con una resignacion enteramente cristiana la pérdida del santo prelado; y llevado de su instintivo deseo de servir y ser útil á sus prójimos, vuelve á entregarse de nuevo á aquellos trabajos que pudieran proporcionar positivas ventajas al hombre y á la sociedad.

Con este objeto se dirige á la Rioja; y fijando su asiento en el sitio que hoy ocupa la ciudad que lleva su denominacion, comienza á realizar su proyecto. Estaba entonces aquel sitio lleno de matorrales y bosques, entre cuya espesura se abrigaba el crimen y anidaba de asiento la maldad. Allí era frecuente el robo y el asesinato, pues siendo una de las travesías más necesarias para los trajineros y peregrinos, apenas podia transitarse sin temor de caer en manos homicidas. Domingo, inspirado por su devocion, edifica, ante todas cosas, una pequeña ermita á nuestra Señora, donde se recoge á orar. Luego hace un llamamiento á la piedad de los lugares vecinos; les persuade de que el bienestar general reclama una mejora, que afecta directamente á los intereses de todo el país; y ayudado de los auxilios que de todas partes se le proporcionan, comienza á desmontar los pantanos, incendia los bosques, limpia el terreno; y viendo que las continuas vertientes habian casi inutilizado el tránsito y héchole imposible en épocas lluviosas, emprende la construccion de un puente, obra de singular utilidad, que llevó á cabo con la más heroica perseverancia. Los viajeros y peregrinos tienen ya un camino fácil, cómodo y seguro; comienzan á edificarse casas; y el desierto se convierte en un pueblo, en una ciudad. No bastaba esto al gran corazon de Domingo; su caridad no podia olvidar de una clase de la sociedad, la más numerosa, y, por lo comun, la más desgraciada. El pobre sin recursos, el enfermo sin hogar, el huérfano sin arrimo, el anciano, la viuda, todas esas victimas de la desgracia, ocupaban un lugar distinguido en el alma de Domingo; era menester proveer á esos seres desdichados de un asilo cómodo, en donde pudiesen hallar siquiera aquel consuelo, que un corazon ulcerado experimenta, al encontrar otro corazon, que sabe condolerse de su suerte. Dá el Santo principio á la obra; trabaja con incansable ardor; invita á sus convecinos á contribuir á un pensamiento tan generoso; su caridad halla eco por todas partes; y con gozo indefinible ve alzarse un vasto hospital, que es á un tiem-

po el albergue del pobre peregrino, el punto de descanso del fatigado caminante, y el refugio de todas las miserias que trabajan á la humanidad enferma y desvalida. Allí fija su mansion Domingo; y por espacio de sesenta años se ocupa en servir á aquellas tristes victimas del dolor, y proporcionarlas todo género de alivio y consuelo, tanto en lo temporal como en lo espiritual.

Nosotros no hallamos inconveniente en emprender obras útiles cuando nadie se nos opone, cuando son compatibles con nuestros intereses, nuestras comodidades y nuestros gustos; cuando de ellas nos resulta alguna utilidad; y tal vez nuestro celo y nuestra caridad para con los demás, es el pretexto con que se disimula nuestra ambicion y nuestras miras de interés personal. Las empresas de Domingo tuvieron todas su origen en el amor de Dios y de sus semejantes; no tuvo en ellas parte el sórdido interés, que es, por lo comun, el móvil de esa beneficencia filosófica, que en alta voz proclaman los tiempos modernos; no el mezquino deseo de gloria y reputacion, que se traluce en los encomiadores de la filantropia de nuestros dias; ni ninguna de esas miras terrenales, que desvirtuan todo el mérito de unas obras de suyo buenas y dignas de alabanza; la caridad cristiana es el único resorte que dá movimiento á las acciones de nuestro Santo. Tuvo contradicciones fuertes y enemigos poderosos que vencer; pero el Señor le hizo superior á todos ellos. Faltábale á veces lo necesario para continuar sus trabajos: recurria á la Virgen santísima, y veian los pueblos que se multiplicaban y repetian los milagros. Allí hallaba fuerzas para vencer todas las dificultades y para acallar á sus enemigos. Un temerario y maligno censurador de las obras de nuestro Santo dijo por burla, que ofrecia para trabajar en la obra del puente dos toros que tenia en el monte, á condicion de que Domingo los trajese. Lo haré con el favor de Dios, le contestó el Santo con una agradable sonrisa; y efectivamente, fuése al monte. Apenas los toros le vieron, se acercaron á él como mansos corderos, los tomó por las astas, unciólos al carro, y trabajaron como si fueran buoyes bien domados. Sufre contradicciones para tomar las maderas que necesita para el hospital; pero el Santo coge una pequeña hoz, y con ella corta y derriba las encinas; obligando con esto á todos los contradictores á confesar, que le asiste el poder divino. Algunos le insultan, le maltratan, y hasta tienen el atrevimiento de apedrearle; pero el amor de Dios le hace poderoso contra todos, y con él vence á sus enemigos. Acércase á los que le maltratan, les habla con la mayor dulzura, y al punto les ve rendidos á sus piés pidiéndole perdon. Le destruye un aldeano los frutos de su huerto introduciendo en él sus ovejas; no le contienen

las amonestaciones cariñosas para que se abstenga de hacer aquel daño en la heredad de los pobres, y sufre del Cielo el castigo de quedar sordo y baldado. Los enfermos y atribulados buscan el remedio y el consuelo de sus allicciones en las oraciones de Domingo, y las oraciones de Domingo les obtienen lo que solicitan. De esta suerte ensalza Dios á su siervo: le hace árbitro y amado de los pueblos, temido, respetado y reverenciado hasta de sus mismos enemigos.

Mientras el Señor hace pública y respetable la virtud de Domingo, éste aumenta sus ayunos, sus fervorosas oraciones, sus limosnas y asistencia á los enfermos. Pronto, decía, pronto he de ser presentado al tribunal del Juez supremo, y no quisiera que me cogiese desprevenido aquella hora terrible; y esta consideracion inflamaba su amor á Dios, y nada omitía para poder morir con la muerte preciosa de los santos. El plazo señalado se acerca; las gentes lloran sin consuelo la próxima pérdida de su padre, de su amparo, del que remedia sus males y necesidades; del justo, que atrae sobre ellos las bendiciones del Cielo; pero el siervo de Dios recibe los santos sacramentos con extraordinario fervor, y su alma tranquila deja un cuerpo que se ocupó siempre en el servicio de su Señor, y pasa á la mansion de los santos á recibir la corona y el premio de sus merecimientos. Enjugad vuestras lágrimas, pueblos desconsolados con la muerte de nuestro general bienhechor: está en los Cielos, y desde allí os atiende y oye vuestras súplicas; él defenderá vuestros hogares; él será vuestro abogado y protector. Con efecto; los pueblos le invocan, y él les colma de bendiciones; los fieles le aplauden y celebran; y la Iglesia española pronuncia su nombre entre los de sus más preciosas glorias. Bajo las augustas bóvedas del templo santo resonará siglos y siglos, el melodioso acento de los himnos sagrados á su memoria. Entre el humo de los incienso consumidos ante el ara sagrada de Jesucristo, subirá al Cielo ese nombre tan dulce y simpático para los hijos de una nacion, que, justamente, se envanece de haber sido el suelo feliz que vió brotar esta flor preciosa de la Iglesia. A la voz del sacerdote y del levita se unen los acentos de un pueblo que le venera; y el anciano y el jóven, y la mujer y el niño, y el pobre y el rico, y todos á la vez, ván repitiendo: Domingo, no obstante su sencillez, supo santificarse por medio de la práctica de las más bellas virtudes; al mismo tiempo que desarrolló una admirable energia de pensamientos y de accion á favor de su siglo, colocándose á la altura de sus necesidades, y dotándole de aquellas mejoras que reclama imperiosamente el bienestar público é individual. Todo de Dios y de su pais, consagróse al servicio de ambos objetos;

y sin olvidarse de cumplir los deberes de un perfecto cristiano, llevando hasta el heroísmo su fidelidad á los preceptos del Evangelio, cumplió tambien los deberes de un español amante como el que más de las glorias de su pátria. Por ella sacrificó su reposo, dedicándose á fomentar en su seno los trabajos útiles, á promover obras de palpitante necesidad, á crear gérmenes de prosperidad; dando sér á la industria, vida á las artes, impulso á la agricultura, y movimiento á cuanto podia ceder en beneficio de sus compatriotas. Él proveyó á la seguridad y comodidad de los viajeros, en una época en que todo inspiraba desconfianza y temor; abrió nuevas vias de comunicacion al comercio, facilitó las relaciones entre poblaciones distantes, contribuyó á desterrar el crimen, á disminuir el robo y á afianzar la propiedad; fundó un establecimiento benéfico, que ha sido despues origen de otros muchos de su clase, dedicados al alivio de la humanidad doliente; levantó un templo destinado á ser más adelante el cimiento de otro mucho más insigne; y algunos edificios, que con el tiempo vinieron á constituir parte de una ciudad, que perpetúa su memoria en los fastos de la historia.

Invoquemos, hermanos míos, al que tantos bienes operó en pró del hombre y de la sociedad. Conservemos con religioso esmero sus ejemplos, jamás olvidemos sus virtudes. Pongamos en parangon nuestra vida con la suya, y hallaremos innumerables faltas que corregir y vicios que enmendar. No es la caridad la que dirige nuestras obras y nos hace acometer nuestras empresas, sinó el interés terreno, las miras del mundo, el deseo de agradar á los hombres, las pasiones más reprehensibles y detestables. Ordenémoslo todo, y no tengamos otra mira en nuestras acciones, en nuestras tareas, en todo cuanto emprendamos; no tengamos como Domingo otra mira ni deseo, que el honrar á Dios y hacer bien á nuestro prójimo; y el Señor bendecirá nuestros trabajos, nos serán gustosas nuestras tareas, y nuestro Santo se complacerá desde el Cielo en pedir á Dios sus bendiciones para nosotros.

Rogad, glorioso Santo, rogad incesantemente al Señor de las misericordias, para que nos dé la gracia de imitar vuestros ejemplos; sea vuestra conducta la regla de la nuestra, para que honremos á Dios con nuestras virtudes, é ilustremos á los hombres con nuestros ejemplos; promovamos la piedad con nuestra constante adhesion á las máximas del Evangelio, y fomentemos el bienestar del prójimo con nuestros servicios, y de este modo seámos como vos felices en el tiempo y en la eternidad.

PANEGÍRICO I
DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.

*Ille erat lucerna ardens et lucens.
Él era una antorcha que ardía y brillaba.
(JOANN. v. 35.)*

Si hay tiempo, hermanos míos, de trabajos y humillaciones para la Esposa de Jesucristo, que profundamente amargan el corazón del fiel cristiano, lo hay también sin duda para ella misma de alivio y ensalzamiento, que calma los sobresaltos del pecho oprimido de los buenos seguidores de su santísima ley. En cualquiera parte que abramos los anales que contienen sus hechos, allí encontraremos marcada con toda evidencia esa verdad consoladora, que fué siempre el apoyo y sostén de la esperanza de los justos y santos. Son en verdad inapeables los juicios del Eterno, y á nadie es dado penetrar la profundidad de sus arcanos; sin embargo, en esta economía de su adorable providencia, en vez de su hija predilecta descubrimos la omnipotencia de su brazo, y toda la vehemencia de su amor. Lágrimas de ternura arranca por cierto del corazón piadoso el ver á esta misma mano de Dios, como, en medio de las angustias y tormentas de su Esposa, cariñosamente la halaga y acaricia. ¡Qué gracias tan singulares no le dispensa entónces! ¡qué inmensos favores no derrama en su seno oprimido! Léjos de nosotros los cuadros sombríos y negros colores, con que algunos genios petulantes é impíos han querido mancillar la gloria y hermosura de esta paloma sin mancha. Ella nada en aire de triunfo sobre las aguas del diluvio, y se burla de las ruinas y destrozos que con su impetuosa inundación habían causado. Nó, jamás sucumbirá, porque el Salvador, que la ha engendrado con su sangre, ha impreso en ella el sello del triunfo y de la victoria. Así es, que tan pronto notamos vá á oscurecerse algun tanto, el Señor, en su misericordia, hace luego aparecer sobre

ella astros brillantísimos, que recuerden á los mortales su solidez, su pureza, su gloria y su majestad.

¡Con qué placer, pues, hermanos míos, voy á señalarlos en este día á uno de estos astros de primera magnitud y extraordinario esplendor! Pero confieso francamente, que no es dado á mi tosco pincel ni siquiera bosquejar tanta elevación, tanta grandiosidad y belleza como se reúnen y admiran en Sto. Domingo de Guzmán. Solo puedo deciros, que la Europa entera ha fijado en él su atención; que el Vaticano le ha juzgado digno de sus alabanzas y alta protección; que los monarcas se han hecho un deber en honrarle; que el episcopado le ha llamado á las funciones de su ministerio; que los sábios y oradores elocuentes le han tributado sus encomios y elogios; y que la sociedad entera de los fieles le ha respetado como á una columna de su fé y valiente defensor de la verdad del Evangelio. ¿Cómo, pues, no admirarnos, de que los pueblos y ciudades corriesen en pós del suave olor que despedían sus vestidos de virtud y santidad, y levantasen sus manos al Cielo en ademán de agradecidos por dón tan precioso como les había dispensado? Y es, que en santo Domingo veían un vaso de elección, en el que se derramaban los exquisitos licores del amor y misericordias del Señor; un genio bondadoso, que á dó quiera que volaba, allí corrían raudales de felicidad y bienandanza; un taumaturgo poderoso, que mandaba á los elementos, á la muerte, al Infierno mismo; y en fin, veían en Domingo de Guzmán un sol hermoso, un astro brillante, una resplandeciente estrella, que con los resplandores de su virtud y los rayos de su palabra iluminaba y abrasaba sus almas. ¡Oh! quiera Dios, que estas últimas palabras, que deben formar el asunto de mi elogio, os hagan comprender toda la elevación de grandeza á que fué sublimado este Benjamin amado del Salvador Jesús! Pidamos esta gracia por intercesión de la Virgen: A. M.

Convengamos, hermanos míos, que de entre los diversos destinos á que el hombre es llamado por la divina Providencia, el más honorífico y brillante es, el que se dirige á iluminar y rectificar el corazón de sus semejantes; puesto que, á más de ser una prueba bien positiva de la suma confianza que de él hace Dios, á nada ménos se dirige que á renovar la imágen hermosa de la creación, que con tanto esmero imprimieron en nuestras almas sus manos divinas. El mismo Salvador, luego que hizo pública su misión en la Judea, anunció claramente este encargo que su divino Padre le había confiado; pues dijo, que había venido para reunir á las ovejas de Israel

que se habían dispersado, consolidar lo que estaba quebrado, dar vida al que no la tenía, y al que la tenía dársela en más abundancia; puesto que Él era luz, verdad y camino. Cuando quiso también el mismo Jesús, dar á las turbas un testimonio claro de cuan apreciable le era la persona de su Precursor, aludió á este ministerio angusto, llamándole antorcha que abrasa y brilla; y voz, asimismo, que resonando en el desierto, preparaba de esta manera los caminos del Señor. ¡Cuán elevado, pues, y sublime, debe de ser este destino, que así se muestra de él revestido el Salvador del mundo, y de él se sirve como motivo de alabanza!

Pero bien pronto, hermanos míos, vá á entrar Domingo en tan hermosa y brillante carrera. ¡Con cuánta pompa anuncia el Cielo su llamamiento! ¡Cuán do se ha pronunciado de un modo más claro y terminante? Recordad, si os place, los felices anuncios con que tuvo á bien revelarnos la entrada en el mundo de otros ilustres personajes; solo en Domingo de Guzmán observareis un interés particular, una cuidadosa solicitud, que se toma el Cielo en añadir maravillas á maravillas, para que en ningún tiempo equivoquemos la importante misión á que Dios le ha destinado. No dejan lugar para dudarlo tres soles, que se aparecen y brillan en el firmamento; un cachorro, que tiene en su boca una hacha encendida; un enjambre de abejas, que fabrican en sus lábios un panal; un santo abad, que anuncia de él cosas grandes y extraordinarias; un venerable sacerdote, que profetiza desde el altar la salud de Israel; y una estrella luminosa en su frente, que deslumbra con sus resplandores. Preguntad ahora, ¿qué linaje de predilección es éste, que el Cielo explica con tan ruidosos prodigios? Y preguntad también, ¿á qué viene ese agraciado niño, que forma ya las delicias del Señor, y el centro á dó se dirigen las líneas de su amor divino? ¡Oh! ¡y cómo oye ya en el vientre mismo de su madre la dulce voz de su amado que le llama! ¡cómo le abre su corazón para recoger el rocío de su gracia!

Yo dejo, hermanos míos, á vuestra consideración, si bajo tan felices auspicios desempeñará Domingo con severa exactitud, la misión tan difícil y trabajosa que el Cielo acaba de encargarle con prodigios tan estupendos. Pero Domingo es el varón dichoso, que ha sido cortado á medida del corazón de Dios, y sus henciones celestiales le rodean ya en la cuna en que se mece, y le seguirán hasta la tumba en que se sepulte. Contempladlo en su infancia rehusar en ciertos días la leche de su madre, postrarse en la dura tierra para mortificar su cuerpecito, y dirigir sus tiernas manos al Cielo, en donde estaba ya su tesoro; pues reconoced en estos esfuerzos de su fervor

infantil las primeras materias que preparan las manos del Señor para el pábilo de esta antorcha, que debe anunciar la gloria de su nombre hasta las extremidades más remotas del universo. Desde estos momentos impulsa Dios fuertemente su corazón, y la universidad de Palencia es la primera que goza del suave resplandor de esa antorcha, que para su ventura y felicidad ha conducido la Providencia á sus claustros. Día memorable, en que la ciencia vá luego hermanada con la virtud, las tareas literarias con los ejercicios de piedad, el deseo de saber con los sentimientos de moderación y sobriedad, las controversias profundas con el espíritu de humildad; en una palabra, en este día célebre, se ve brillar á la par en los jóvenes escolares la aplicación y recogimiento, la modestia y oración, la sujeción de los sentidos, y el total enfrenamiento de los deleites y placeres de la carne. Pero, tan repentina mudanza la atribuyen los sábios maestros de aquella universidad, á los resplandores que despide de sí la antorcha brillante de virtud y santidad de su querido discípulo Domingo de Guzmán. Al paso que descubren en él un ingenio vivo, un entendimiento claro, una penetración profunda, observan en él todos los caracteres de una santidad elevada; un trato y comunicación íntima con su Señor y Dios; una abstracción entera de todas las criaturas; una mortificación continua de su cuerpo; un fondo de verdadera y sólida piedad; un amor sincero á la religión; una dulzura y amabilidad que encantan; y en su rostro las facciones de un ángel absorto siempre en la contemplación de su Criador. No ignoran aquellos sábios maestros, que el adelanto en las ciencias es á proporción de los progresos que se hacen en el camino de la virtud; y ahí fijan el manantial de los vastos conocimientos que posee Domingo de todas las materias teológicas, de la inteligencia profunda de las Escrituras divinas, del conocimiento exacto de los Concilios y Padres; de la erudición extensa de todos los ramos de disciplina; y en fin, de aquel tesoro inagotable de ciencia, del cual, para valerme de las expresiones de Jesucristo, sacaba siempre Domingo noticias nuevas y peregrinas. ¡Cuán pronto le saludan con el título de maestro y de doctor! ¡Cómo se congratulan al ver á esta luz despedir desde la silla de sus cátedras su ardor y resplandores!

No es mi ánimo, hermanos míos, individualizar por menor todos los rasgos brillantes del celo y fervor de nuestro héroe en cualquiera parte que fije sus pies. Mi memoria se confundiría, y, además, es casi imposible en un panegírico poder compendiar aun los principales. Pero es tan rápido y luminoso el curso que sigue este astro,

que sin dar lugar al descanso, llama luego nuestra atención á hemisferios nuevos, en donde brilla con más majestad. Preparaos luego á ver resplandecer su santidad en el venerable cabildo de la santa iglesia de Osma. ¿Cómo cambia al momento de aspecto este cuerpo respetable! ¿Qué modelo tan acabado de perfeccion ven los canónigos sentarse á su lado! No es ya un viador en la tierra, es, si, un ciudadano del Cielo con quien conversan y tratan. ¿Qué río de elocuencia cuando les platicaba como su superior! ¿Qué espíritu eclesiástico cuando le trataban como á su arcediano! ¿No es verdad, dirian, que solo al verle se conmueve nuestro corazón? ¿que al oírle sentimos abrasarse nuestros pechos con las llamas de la caridad! ¿Qué astro es este, que así dirige nuestros pasos é ilumina nuestras almas? ¿Qué sacerdote es este, que así se presenta al altar como un ángel con seis alas, que descendiendo sobre su cabeza un globo de fuego, simbolo del Espíritu Santo, y que la Virgen santísima le sirve de ministro en el incremento sacrificio? ¿Qué anacoreta es este, que ni come, ni duerme, y desgarrá sus carnes con sangrientas disciplinas? ¿Qué Benjamin es este, que así trueca su corazón con el de su amado, y le dá tiernos abrazos? Su obispo entónces corre á estrecharle contra su pecho, derrama sobre su seno lágrimas de ternura, y le dá el ósculo de paz; un gozo puro baña el alma del prelado; y miétras se dá el parabien á sí mismo por haber atraído á su iglesia esta antorcha brillante, concibe las más lisonjeras esperanzas de que, muy en breve, el mundo todo será iluminado con sus resplandores.

El Cielo otra vez, hermanos míos, dá á entender ese prodigioso acontecimiento y esa trasformacion maravillosa, que mudará toda la faz de la tierra. No se cansa, seguramente, cuando se trata de consolidar la mision de su embajador. Yo veo á un sacerdote, que, desde el altar, le proclama por el reparador de la Iglesia; á Honorio III, que le ve sostener con sus hombros la iglesia de Latrán que vá á desplomarse: á la Virgen María, que se opone para detener el ímpetu de tres lanzas que su Hijo divino tiene en sus manos para descargárlas sobre los pecadores; á S. Pedro, que entregándole un libro le dice: anda y predica, que para esto eres elegido; y Sta. Catalina de Sena, á quien revela Dios, que se envió á su Hijo para Redentor del mundo, ha destinado á Domingo para repararle. Desde estos momentos ya nadie resiste á la fuerza de sus palabras y al fuego de su caridad. Como torrente impetuoso todo lo arrastra y lleva en pós de sí. Galicia, las Castillas, Tolosa en Francia.... Pero aquí fijad, hermanos míos, vuestra atencion, como el glorioso teatro de su celo é ilustres hazañas. Bien presto el negro horizonte, que cubre á esa última

ciudad, se desplegará á la presencia de esta luz, que arroja sus tinieblas al abismo de donde han salido. Entre tanto, considerad las pesadumbres y trabajos que le aguardan, las atroces calumnias y malos tratamientos que le esperan, el cansancio y fatiga que oprimirán á sus miembros desfallecidos ya con las viglias y penitencia. Pero Domingo es una antorcha, que cuanto más se agita, más resplandor arroja. A pesar de los esfuerzos y conatos de los herejes para desacreditarle, apénas pone los piés en Tolosa, que sus campanas dán señales de alegría y regocijo; el Cielo y la tierra se conmueven al publicar el santísimo Rosario; una imágen de la Virgen levanta un brazo en ademán de venganza, y luego le baja por las súplicas de su siervo; y la horrible tempestad se calma al instante que Domingo interpone su intercesion. No tarda esta luz brillante en coger los frutos de su benéfica influencia. Su resplandor hierre á su huésped, y al momento se convierte; un guia falso le precipita en barrancos, y luego postrado á sus piés abjura el error; dos señoras respetables, desviadas de la fé verdadera, al instante la abrazan; cuarenta y tres piratas imploran en seguida su perdon; y tres mil albigenses ponen en las manos de Domingo la palma del triunfo.

Pero ¡ah! ¡y qué amargos recuerdos han excitado en mi memoria estas últimas palabras! Me recuerdan á una secta impia, que se burla de Dios y de los hombres. No hay extravagancia que no adopte; no hay delito que no santifique; no hay absurdo que no apruebe; no hay torpeza que no cohoneste. La subleuacion é independencia la mira como un deber, la sumision y vasallaje como un crimen, y al poder y autoridad como tiranía. Revolved cuanto se ha dicho en todos los siglos de impio y obsceno, de licencioso y sacrilego, de atrevido y mordaz; ya contra Dios y su Cristo, ya contra la Iglesia y sus miembros, ya contra el supremo pastor y obispos, ya contra la Virgen y los santos, y ya contra la religion y sus dogmas; y todo lo vereis reunido en los secuaces de esa secta infame, mónstruos que el Infierno en su furor vomitó para asolar á toda la tierra y despedazarla entre sus garras. Pero ¿qué vale el error y mentira contra la luz y verdad? ¿qué puede el impio, que al instante pasa, contra el poder de Dios, que no acaba jamás? Domingo es el que se presenta en el campo de batalla para derribar aquella bestia feroz, y lo consigue. Porque ¿cuando, acaso, las tinieblas no han sido vencidas por los rayos del sol? Este humilde David, armado solo de su fé y confianza, corta la cabeza al infame Goliath, que osaba insultar á las filas de Israel. Para eso ¡qué lágrimas no derramaba, qué viglias no prolongaba, qué penitencias no multiplicaba, y qué súplicas no interponia! ¡Oh

Dios mio, Salvador de los hombres! clamaba; ¿por qué no os acordais de vuestra sangre y de vuestras misericordias? Demasiado tiempo lá. Señor, que monstruos horrendos devastan vuestra heredad, langostas hambrientas devoran vuestra viña, y lobos malignos despedazan vuestras ovejas. ¿Por qué no os levantais y no los confundís? ¡Oh! ¡y cómo viérais entónces á Domingo arrostrar peligros, allanar dificultades y vencer obstáculos! ¡Cómo le viérais mandar á los elementos, cautivar los corazones y sujetar á su arbitrio la naturaleza toda! ¡Cómo le viérais animar á los legados de Su Santidad, enfervorizarlos en su empresa y alentarlos en sus trabajos! ¡Cómo le viérais entónces ocupado en instruir, enseñar y exhortar; en sostener largas disputas con sus enemigos, y en entrar de nuevo en repetidas conferencias; y lanzar sobre ellos desde el púlpito los rayos de su predicacion! ¡Cómo le viérais obrar aquel estupendo milagro, arrojando al fuego un libro de su fé, que las llamas respetan; fundar un monasterio para vírgenes, en que la perfeccion evangélica se establece, y derramar en todas partes el alivio y el sustento que apartan los peligros, que acechan al poder y á la fidelidad! ¡Cómo le viérais ceñir la espada al conde de Montfort, infundirle en su pecho con el soplo de su aliento el esfuerzo generoso de los Macabeos, y coronarle con los laureles de la victoria, cuando aquella famosa batalla, en que un puñado de gentes venció á cien mil combatientes, dejando en el campo veinte mil cadáveres! ¡Cómo le viérais entonar por las plazas y calles el cántico suave del santísimo Rosario de la Virgen inmaculada, llevar en triunfo su imagen, é infundir en todas partes el afecto y devocion que se merece! ¡Cómo le viérais..... Pero, en fin, hermanos míos, Domingo vence, la herejía se va aniquilando, el oprobio y vergüenza cubre á los enemigos de la fé, la religion y piedad recobran sus derechos, y los resplandores del celo y santidad de nuestro héroe añaden á la Iglesia otro de los más bellos trofeos que ennoblecen su historia.

Pero estos resplandores, hermanos míos, no se eclipsan, no concluyen aquí. La celebridad y nombradía que tan ilustres proezas adquirieron al nombre de Domingo, hicieron volar su fama á otros pueblos y naciones, y le preparan nuevos teatros de gloria y esplendor. Aún hay pecadores que convertir, aún hay ignorantes que instruir, y hay sábios que ilustrar; aún hay justos que enfervorizar, aún hay santos que formar, y aún hay que obrar prodigios. Yo me asombro de tanto esplendor y brillantez con que resplandece Domingo en España y Francia, en Italia y Alemania, y en muchísimos pueblos y provincias de toda la Europa. Yo no sé si le podré seguir, cuando en sola la Lombardia convierte á cien mil pecadores; cuando en los pa-

lacios de los reyes y casas de los grandes les edifica con sus ejemplos é instruccion; cuando en Alemania calma sediciones sangrientas; cuando en Roma obra la famosa resurreccion de tres célebres difuntos; cuando en el concilio de Latrán le escuchan los Padres como á oráculo; cuando en el Vaticano explica á un concurso numeroso las sagradas Escrituras, mereciéndole el título honroso de primer Maestro del Sacro palacio; y cuando, finalmente, establece en todas partes en que predica, el reino y el imperio de Jesucristo. Hazáneos ilustres, asombrosas proezas, con cuyo bosquejo me prometo algun tanto haberlos manifestado los resplandores de esta antorcha brillante, que el Cielo, en su misericordia, nos concedió para consuelo de la Iglesia y lustre de su nombre. Bien puedo exclamar aquí: ¡Oh fuego! ¡oh caridad! ¡oh luz! ¡oh resplandor! ¡cuántas sombras habeis disipado! ¡cuántos bienes habeis producido! Los bronceos y mármoles perpetuarán vuestra memoria, y una generacion numerosa de celosos levitas os mantendrán inextinguibles hasta el fin del mundo.

Hé aquí, pues, hermanos míos, cuan sencillamente hemos venido á parar en el período más brillante del curso luminoso de este astro, de esta antorcha y estrella resplandeciente. De ti hablo, oh Religion dominicana, obra maestra de las manos de tu santo fundador, y espejo, desde donde reflejan sus rayos y resplandores para atraer á todas las naciones del universo. ¡Cuántas naciones idólatras has ilustrado, cuántos pueblos bárbaros has civilizado, cuántos incrédulos has convencido, cuántas impios y apóstatas has reducido, y cuántos obstinados has santificado! Brillas en las academias y universidades, en las cátedras y púlpitos; en las córtes y palacios de los reyes; en las sillas pontificales, y bajo el Sólido del Vaticano. ¿Qué trofeos pendlen de las paredes de los templos, que tus manos no los hayan allí colgado? ¿Qué acontecimientos singulares han acaecido para gloria de la Iglesia, en que tú no hayas figurado? ¿Qué conquistas espirituales han aumentado sus dominios, en que tú no hayas tenido parte? A su primera Silla has dado cuatro sumos Pontífices; á su sacro Colegio setenta y cuatro cardenales; y á las santas iglesias un sin número de patriarcas, arzobispos y obispos. En sus altares has colocado trescientos noventa santos; en sus martirologios un ejército innumerable de mártires; y en sus claustros una infinitad de esclarecidos varones y vírgenes célebres. ¿Para qué nombrar entre estos á S. Vicente Ferrer, Raimundo de Peñañort, Pedro de Verona, Francisco de Posadas, Luis Beltrán y Catalina de Sena; y entre los ocho mil escritores que han ilustrado todos los ramos del saber, á los Mamachis, á los Orsis, á los Gottis, y otros mil, que pudiera citar para tu gloria, cuando, en

mi concepto, en solo Santo Tomás de Aquino están cifrados todos tus elogios y todas tus grandezas? ¡Qué brillante tan hermoso engastó Dios en tu corona! ¡Qué dádiva tan rica y preciosa puso el Señor en tus manos! Él es el baluarte de la Iglesia, el defensor de sus dogmas, el sostenedor de sus derechos, el propugnador de su sana moral, y el martillo que aplasta la cabeza á los filósofos y herejes. Por él hablan los sumos Pontífices; por él definen los concilios; por él se explican los teólogos; por él enseñan las universidades; por él se instruye en los colegios; y por él se levantan en todas partes preciosos monumentos á la piedad y al saber. Sol es que ilumina, estrella que dirige, y fuego que abrasa.

Tuya es la gloria ¡oh mi querido Domingo! Estos tus resplandores han formado ese numeroso pueblo de santos. Con ellos ilustra nuestras almas; desprende nuestros corazones de los bienes terrenos, y enciéndelos con el fuego del amor divino. Nada nos agrada más que Jesús; nada más anhelemos que Jesús; nada más amemos que á Jesús. De esta manera, nuestra conducta será parecida á la tuya y á las máximas del Evangelio; prometiéndonos entonces gozar en compañía tuya del sumo Bien por siglos eternos. *Amén.*

PANEGÍRICO II DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.

Dominus dabit benignitatem, et terra dabit fructum suum.

El Señor derramará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto.

(PSALM. LXXXIV, v. 13.)

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, esposa del Cordero immaculado, plantada á costa de su preciosa sangre y dirigida siempre por su divino Espíritu, ha padecido desde su origen las más duras persecuciones. Pero el Señor, que desde luego la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, y que las puertas ó potestades del Infierno jamás prevalecerán contra ella, usando de su benignidad, y en cumplimiento de su divina palabra, ha suscitado en ella en todos tiempos ministros celosos de su honor y gloria, que la instruyan en su doctrina, que la defieudan de sus enemigos, impugnando sus errores con celo y pecho apostólico, hasta morir por la verdad y por la justicia en caso necesario.

Como el Redentor del mundo jamás ha perdido de vista la salud de su rebaño, ha proveído siempre á las necesidades de la Iglesia, dotándola de ministros capaces de sostenerla en las más crueles persecuciones y deshechas borrascas. En los siglos primitivos suscitó en su defensa á los Policarpus, Ignacios, Justinianos, Ireneos, Aristides, Arnobios y Cuadratos contra los gnósticos ó iluminados, contra los erinitas y marcionistas, contra Manes y sus secuaces. Contra Arrió y su gavilla envió á S. Atanasio, á S. Eusebio Vercelense, al Nazianzeno, á S. Nicolás de Bari, y muchos otros defensores de la divinidad de Jesucristo y de su consustancialidad con el Padre celestial. Contra la pluma sacrilega del apóstata Juliano consagró la de S. Cirilo Alejandrino, que rebatió y confundió todas sus blasfemias contra el supremo Legislador y su augusta religión. Contra los do-